



PROVINCIA DE ESPAÑA

**PEREGRINANDO HACIA UNA CULTURA IGNACIANA DE
COLABORACIÓN PARA LA MISIÓN COMPARTIDA**

Secretariado para la misión compartida

Enero 2018

ÍNDICE

1. PREÁMBULO: ¿POR QUÉ?	1
2. PRIMERA PARTE: ¿PARA QUÉ? ¿QUIÉNES?	3
2.1. La centralidad de la Misión	3
2.2. Vocaciones singulares que se encuentran en la misión	3
3. SEGUNDA PARTE: ¿CÓMO? LAS HERRAMIENTAS	5
3.1. La centralidad de los Ejercicios Espirituales	5
3.2. El discernimiento orante	6
3.3. El plan de formación	7
3.4. El acompañamiento	8
3.5. El impulso de los lugares de encuentro	8
3.6. La práctica del examen ignaciano como medio de evaluación	10
3.7. El trabajo en red	10
3.8. La recogida, elaboración y difusión de materiales y experiencias	11
4. CONSIDERACIONES FINALES	12
4.1. Propuestas de trabajo	12
4.2. Una mirada más allá de las obras: la familia ignaciana	13

1. PREÁMBULO: ¿POR QUÉ?

Desde el concilio del Vaticano II, la Iglesia ha ido viviendo cambios considerables en su modo de entenderse a sí misma y en la relación que se ha establecido entre sus miembros. Cada vez es más frecuente la colaboración entre todos, rompiéndose las barreras que podían establecer los diferentes estados o los mismos compromisos de vida que cada persona pudiera tener.

Este encuentro en colaboración no es casual, ni siquiera se puede decir que venga tan sólo provocado por los cambios sociales producidos en el mismo seno de la Iglesia en las últimas décadas. Tras este modo de actuar se puede descubrir una manera diferente de entender la eclesiología.

La clave de este cambio se encuentra en la búsqueda de un fundamento eclesiológico en la misma imagen del Dios Trinidad. Desde esta mirada se incide en la idea de Dios como comunión y amor, que mira el mundo y desea salvarlo. Para ello el Padre envía a su Hijo, Jesucristo, quien anuncia que su misión es proclamar la Buena Nueva del Reino, “todos los aspectos de su Misterio —la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora” (EN.6). Y tras su vuelta al Padre nos deja el Espíritu Santo, para que acompañe a la Iglesia en la tarea de llevar a cabo su misión.

Partiendo de esta idea, la misión de la Iglesia se concibe, ahora, como nacida de la misma entraña de Dios. Ya han desaparecido aquellos tiempos en los que la tarea evangelizadora era un modo de extender las fronteras de la cristiandad. La Iglesia no es un fin en sí misma, sino que se entiende como un instrumento, enviada por la misma Trinidad, al servicio de todos los hombres, a los que desea llevar la liberación de Dios.

La misión ya no es de un grupo, de un carisma religioso, quizás, ni siquiera es la misión propiedad de la Iglesia, sino que debe entenderse como *Missio Dei*. De ahí que el compromiso con la misión afecta a todos. “La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios” (Ad gentes 35). Porque toda la Iglesia es sacramento de Cristo entre los hombres.

Además, el Concilio Vaticano II, a partir de la idea de Iglesia como Pueblo de Dios, favoreció una teología de Iglesia como misterio de comunión, la cual años más tarde desarrolló el papa Juan Pablo II en la encíclica “Christifideles laici” (8). En ella se nos recuerda que todas las vocaciones de la Iglesia están llamadas a convivir y entenderse entre sí. De ahí surge la necesidad natural de la colaboración en la mutua misión de toda la Iglesia. Cada uno desde su particular realidad y desde su específica llamada. “La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas” (Christifideles laici, 17).

Desde esta perspectiva vemos que hoy muchos laicos realizan su vocación compartiendo tareas, y a veces carisma, es decir espiritualidad y modo de proceder, con otras realidades

eclesiales, en especial con familias de vida consagrada. Ambos, laicos y religiosos, se sienten partícipes de una única misión, la de Dios, la de la Iglesia, realizándola desde su propia identidad.

La Compañía de Jesús también se ha ido abriendo a esta realidad de colaboración. El P. General Peter Hans Kolvenbach dirigiéndose a laicos en el año 1999 afirmaba que *“no os ofrecemos una participación y colaboración para que nos ayudéis a salvar las Obras e Instituciones de la Compañía, sino para ser juntos colaboradores de la misión de Cristo, según la gracia de la vocación que cada uno hemos recibido del Espíritu”* (P.H. Kolvenbach, 3 de diciembre de 1999. Colegio del Recuerdo, Madrid).

La Compañía de Jesús en España, reconociendo esta necesidad de colaboración con otros, la ha incluido en su Proyecto Apostólico. En él delimita los ámbitos de acción que quiere desarrollar respecto al laicado: *impulsar la misión compartida entre jesuitas y colaboradores, promover el laicado en la Iglesia y contribuir a su misión y formación y promover una ciudadanía comprometida, responsable y participativa, y una sociedad solidaria y justa*. El centro de estas acciones es la misión que, como hemos visto, se ha situado como clave de la vida de todos, tanto de religiosos como de laicos. Se trata de profundizar en la experiencia del trabajo compartido que nos invita a pensar cómo abordar la misión en común y cómo ayudarse para favorecer que ésta tenga más fruto. En los últimos años otras personas, principalmente laicos, son partícipes de esa misión y desean comprometerse con ella e, incluso, ser partícipes de su corresponsabilidad. Este es un camino que se está comenzando a realizar y que exige, por parte de todos, una nueva manera de situarse desde su propia realidad vocacional.

En este proceso aún quedaría por definir el cómo. Y es, precisamente, de esta cuestión de la que se ocupa el presente documento, cuyo fin último es impulsar la reflexión personal, comunitaria, sectorial e institucional sobre la colaboración para la misión compartida, aportando un marco de visión para avanzar y dinamizar nuestra misión compartida.

Existe una visión de largo plazo que inspira e impulsa y cuyos rasgos serían:

- Unas obras e instituciones reconocidas por su clara identidad ignaciana.
- Una misión desarrollada en colaboración con otras personas e instituciones con una cultura o modo propio de proceder.
- Una respuesta multisectorial con el aporte específico que la Espiritualidad Ignaciana puede y debe ofrecer a los desafíos del mundo de hoy desde lo propio de nuestra tradición y herramientas (Ejercicios Espirituales, discernimiento, análisis de la realidad...).

El punto de partida supone reconocer que mientras que los jesuitas constituyen un cuerpo, con identidad propia, que comparte espiritualidad, vida, objetivos y sueños. Los laicos constituyen un grupo, más heterogéneo, sin identidad propia, a veces, sin la misma espiritualidad, con sueños diferentes.

El presente documento no es tanto una llamada a reavivar la singularidad indiscutible de cada vocación, religiosa o laical, cuanto una llamada a la “comunidad para la misión”. El desarrollo de la cultura de la colaboración no es más que el medio de ir trabajando la comunión.

Y todo ello, ¿por qué y para qué? Para hacer realidad el Reino, la misión, de forma más eficaz y eficiente, pero sobre todo para hacerlo como Dios debió soñarlo, en comunión (“Que todos sean uno para que el mundo crea”, Jn.17, 21).

No es necesario insistir en que este camino de la colaboración para la misión compartida no es nuevo, pero tal vez merezca la pena recordar que siempre será camino, por eso hemos titulado el documento “*Peregrinando hacia una cultura ignaciana para la misión compartida*”.

2. PRIMERA PARTE: ¿PARA QUÉ? ¿QUIÉNES?

2.1. La centralidad de la misión

La colaboración es parte del “modo” en que se realiza algo. Ese “algo” que se realiza es la misión, entendida, como ya se ha presentado, en esa formulación teológica y profunda de *Missio Dei*.

Sin embargo, la *Missio Dei* necesita ser concretada en cada tiempo y lugar. Es por ello que, la Provincia de España ha formulado su Proyecto Apostólico, como concreción de la misión en España en el momento histórico que vivimos. Realizar el Proyecto Apostólico es, por tanto, concretar la realización de la misión, conscientes de que esta es siempre más, humanamente inabarcable en su totalidad, pero al mismo tiempo conscientes de que Dios necesita de “ese poco que nosotros podemos” para hacer realidad su Reino.

Llevar adelante la misión y el Proyecto Apostólico es la tarea que compartimos jesuitas y laicos, en la que nos unimos, participamos, nos enriquecemos y colaboramos a través de las diversas estructuras que tiene la Compañía.

Las Plataformas Apostólicas Locales y Territoriales tienen como responsabilidad velar por la consecución del Proyecto Apostólico, a través de las obras, comunidades SJ y personas. Por lo tanto, en estas estructuras jesuitas y laicos compartirán la misión y será necesario que las estructuras de gobierno de las PAL y PAT generen dinámicas entre las obras y sectores para llevar adelante el Proyecto Apostólico con sus distintas opciones.

2.2. Vocaciones singulares que se encuentran en la misión

“Si es la misión de Dios, es Dios el que decide quiénes son sus colaboradores” y por tanto “es el Señor quien llama tanto a laicos como a jesuitas”. “Es Dios el que suscita, es Dios el que mueve los corazones y por tanto es eso lo que nosotros queremos recibir con agradecimiento, con alegría y sacar las consecuencias de ello” (A. Nicolás SJ, 9 septiembre 2011, Loyola Centrum Gipuzkoa).

“Apostar juntos desde la vocación y responsabilidad de creyentes y en tal apuesta cada uno debe elegir su papel sabiendo que nos situamos en una previa opción por esta Iglesia – Pueblo de Dios en la que unos y otros nos acogemos en toda nuestra común identidad y en nuestra diferencia” (A. Nicolás SJ, 9 septiembre 2011, Loyola Centrum Gipuzkoa).

De lo anterior se deduce que la misión es el punto de encuentro entre las distintas vocaciones de laicos y jesuitas; dos vocaciones que se encuentran en la misión y conservan su identidad.

Esta diversidad de vocaciones de laicos y jesuitas ha sido recogida en otros documentos y por otros jesuitas. Es por ello importante destacar la centralidad de la misión como el nexo de unión. Somos convocados conjuntamente por Dios para realizar la misión, sin perder nuestras respectivas identidades ni diferencias. Por el contrario, el trabajo en colaboración reafirma la singularidad de cada vocación, en tanto en cuanto las confronta en el quehacer conjunto. Los carismas, como los talentos, no se diluyen cuando los ponemos en juego, por el contrario, es cuando verdaderamente empezamos a poseerlos, cada uno los suyos.

“Profundo respeto mutuo, no solamente por las cualidades de los laicos y los jesuitas, sino por sus específicas vocaciones. Sin ese respeto a nuestras vocaciones distintas, no podrá existir el diálogo, ni la misión compartida. Nuestra identidad (de ella forma parte nuestra vocación) es semilla del diálogo, lo contrario sería diluirnos en la identidad del otro. No le podríamos comunicar nuestra propia riqueza, nuestro propio ser. No seríamos capaces de interpelarlo, simplemente seríamos una esponja que recibe, nunca un manantial que puede desbordarse en los demás. Sin identidad, no seremos capaces de "encontrarnos" como seres distintos, no habrá un verdadero "nosotros" (P. Guerrero SJ, 22 de noviembre de 2014, Encuentro anual Red Ignaciana).

Ante la visión clara de la vocación jesuita recogida en el Proyecto Apostólico y la diversidad de vocaciones laicales, surge ineludiblemente la siguiente pregunta: ¿con qué laicado la Compañía puede compartir misión? La respuesta es con muchas personas de buena voluntad, pero especialmente con los “laicos vocacionados”.

Hablamos de un laico que de manera consciente responde a la llamada del Señor, haciendo de su vida respuesta a la vocación cristiana y vivida desde la espiritualidad común que nos ayuda a vivir con fidelidad a la llamada de Dios.

Como se ha reconocido muchas veces, este laicado es plural en su asociacionismo eclesial, en general, e ignaciano, en particular; es diverso igualmente en su vínculo de facto con la Compañía de Jesús –desde el contractual hasta el de voluntariado–; es también diferente en su grado de implicación en la misión compartida y en el tipo de misión que realiza –sea en sectores, plataformas apostólicas u otro nivel organizativo–.

Creemos que toda persona que trabaja en una obra es colaboradora, en tanto en cuanto, su trabajo contribuye a la realización de la misión. Sin embargo, de todo lo anterior ha debido quedar claro que vocación y misión son dos conceptos íntimamente relacionados y, en este sentido, no todos los colaboradores, en sentido amplio, viven su trabajo como una vocación personal. ¿Sería ésta una frontera interna en las obras de la Compañía? En este terreno nos movemos entre el respeto a la libertad de la persona y nuestra responsabilidad para formar a estas personas y acompañarlas a descubrir el camino de su vocación e incluso plantear procesos de discernimiento que desemboquen en una adhesión personal al Proyecto Apostólico.

No obstante, para que la misión sea realizada de forma más eficaz y eficiente es necesario distinguir las personas que asumen como propia la misión de aquellas que simplemente les atrae y les parece un buen lugar para trabajar. En realidad, estaríamos empezando a concretar con quién y cómo se organiza la misión compartida, conscientes de que no sólo es ingenuo

sino también poco operativo pensar que todos los colaboradores, en sentido amplio, pueden participar en la organización de la misión compartida.

Llegados a este punto conviene recordar que en el presente documento tratamos de aproximarnos a un modo ignaciano de cultura y organización de las obras para la mejor realización de la misión. No se trata de imponer un modelo, ni siquiera es nuevo, ya existe en algunas obras y comunidades; se trataría de propiciar su aparición de manera natural, como resultado de un proceso personal de adhesión a la misión.

3. SEGUNDA PARTE: ¿CÓMO? LAS HERRAMIENTAS

Esta segunda parte del documento sólo pretende apuntar aquellos aspectos que consideramos fundamentales para la misión compartida. Se trata de aquellas cuestiones importantes para “preparar y disponer” al sujeto personal y comunitario para la misión. Son, por tanto, los instrumentos generadores de una cultura ignaciana para la misión compartida.

Al final de cada uno de los puntos se incluyen una serie de preguntas para la reflexión personal y comunitaria, en cada obra, sector, PAL o PAT.

3.1. La centralidad de los Ejercicios Espirituales.

Debemos atender a la misión de Dios desde el carisma ignaciano, ese es el aporte específico que podemos y debemos ofrecer a los desafíos del mundo de hoy. Si hay algo propio de la tradición ignaciana son los Ejercicios Espirituales.

“El seglar que experimenta los Ejercicios, se encuentra bien equipado para reconocer la presencia activa de Dios en los mil avatares y situaciones de la vida en el mundo y dispuesto para responderle de modo que pueda en todas las cosas y enteramente amar y servir a Dios” (Josep M^a Rambla, SJ).

Dar a conocer y ofrecer los Ejercicios Espirituales, en sus distintas modalidades, es parte sustancial del modo de compartir la misión y responsabilidad de todos, laicos y jesuitas. Tal vez el camino que esté más por hacer es el compartir la realización de Ejercicios, esto es, laicos y jesuitas impartiendo y recibiendo/realizando los Ejercicios conjuntamente.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué experiencias de EE.EE. hemos realizado?
- ¿Conocemos qué personas de nuestras obras, instituciones, sectores, PAL/PAT han realizado EE.EE.?
- ¿Conocemos y damos difusión a las tandas de EE.EE. que se celebran en la Provincia?
- ¿Cuántas veces hemos invitado a otras personas, particularmente, o promovido, institucionalmente, realizar los EE.EE.?
- ¿Qué formas se nos ocurren para dar a conocer y animar a otros a realizar los EE.EE.? Por ejemplo, contar con el testimonio de laicos y jesuitas.

- ¿Cuáles son las principales dificultades personales o institucionales para integrar de una forma periódica (anualmente, por ejemplo), la realización de EE.EE.? ¿Cómo se podrían superar esas dificultades?
- ¿Cómo podemos integrar a nuestros colaboradores no creyentes en experiencias equivalentes o en los propios EE.EE.?
-

3.2. El discernimiento orante

Junto a los Ejercicios Espirituales el discernimiento es otro de los aportes de la espiritualidad ignaciana que debe configurar la cultura de la misión compartida.

Toda misión compartida requiere de momentos de discernimiento entre las distintas personas que llevan adelante esa misión que se concreta en el Proyecto Apostólico; al respecto cabe destacar:

1. El discernimiento orante requiere de conocimiento y práctica previa. Aún en el caso de haber realizado los ejercicios espirituales, debería existir una formación específica para el discernimiento. Esto es aún más necesario si cabe en los procesos de discernimiento comunitarios.
2. Hay que acompañar, desde sus particularidades propias, los procesos de discernimiento personal y los comunitarios.
3. Los procesos de discernimiento comunitarios tienen que ser inclusivos, esto es, contando con personas creyentes y no creyentes.

Existen experiencias hechas y documentos que nos pueden ayudar en este sentido y que nos presentan diversos métodos ignacianos como: “la reunión en ambiente oracional” y “el discernimiento orante en común” (Discernimiento orante en común. Provincia de Loyola, 2005) para aplicar y llevar a cabo según la materia que se quiera discernir.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué entendemos por discernimiento? ¿Necesitamos formación en esta materia?
- ¿Qué experiencias de discernimiento hemos realizado? (individual o comunitariamente)
- ¿Qué dificultades hemos encontrado? ¿En qué nos ha ayudado? ¿Qué diferencias hemos percibido respecto a otros procesos de toma de decisión?
- ¿Cómo podemos integrar el discernimiento orante en la lógica de la gestión de las obras e instituciones? ¿Quiénes deben participar? ¿En qué momentos? ¿Sobre qué temas? ¿En qué lugar realizarlo?
- ...

3.3. El plan de formación.

La participación de laicos y jesuitas en procesos de formación conjunta, la co-formación y, en concreto, en el Plan de Formación de la Provincia de España es una ayuda para ir generando una cultura ignaciana de colaboración para la misión compartida. En este punto, consideramos muy importante una formación mezclada con experiencias, y que potencie la vivencia comunitaria. Aspectos que nos formen en identidad ignaciana (conocimiento de la persona, vocación personal y proyecto de vida, claves de la espiritualidad ignaciana, vida de Ignacio de Loyola, historia de la Compañía, retos y fines actuales, conocimiento de los sectores...).

Por otra parte, es necesario seguir explorando los medios para “mantener viva la llama” que se enciende en las experiencias de formación y de realización de Ejercicios Espirituales. Como se expone más adelante, tanto las PAL y PAT, como las obras y comunidades deben explorar lugares de encuentro, liderazgos internos y experiencias (tutorías, acompañamiento, oración compartida, voluntariado, etc.) que ayuden a vivir en el día a día la misión compartida.

Además del aprendizaje que suponga la participación en el Plan de Formación de la Provincia, hay otra formación necesaria para la misión compartida y que podríamos denominar la *formación para la relación*, una relación que debería caracterizarse por la fraternidad y la amistad, como rasgo característico de esta cultura hacia la que peregrinamos.

“Durante la tarea, que abarca toda la vida, de desarrollar vuestra vocación laical cada vez más profundamente, permítanme que les urja a reforzar sus lazos con sus compañeros jesuitas; que ustedes les hagan partícipes no sólo de sus trabajos, sino también de su experiencia de Dios. Y no duden en pedirles a ellos, mis hermanos jesuitas, que en ese trabajar hombro a hombro con ustedes, les hagan partícipes de su herencia espiritual, la espiritualidad de Ignacio de Loyola. (...)”.

Querría mencionar tres actitudes que deben tener los jesuitas respecto de vosotros: profundo respeto a vuestra condición de laicos... disponibilidad aprender de vosotros... voluntad de haceros partícipes de nuestra herencia espiritual" (P.H. Kolvenbach SJ, 15 de septiembre de 1988, Montevideo).

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué personas de la PAL/PAT, sector, obra, comunidad o institución, han participado o participan en el plan de formación nacional o sectorial?
- ¿Percibimos los frutos del paso por las iniciativas de formación que se están llevando a cabo en I+M? ¿Cuáles serían?
- ¿Qué dificultades encontramos para que las personas participen en los distintos planes de formación? ¿Cómo podemos resolverlas?
- ¿Quién forma a quién? ¿Conocemos o hemos participado en alguna experiencia de co-formación? ¿Podemos promover o hemos promovido alguna experiencia de co-formación en nuestra comunidad, obra, sector, PAL/PAT?
- ¿Qué seguimiento realizamos, en la obra, sector, comunidad..., de las personas que participan en los planes de formación? ¿Qué iniciativas llevamos a cabo para

“mantener viva la llama”? (tutorías, acompañamiento personal, encuentros anuales de los participantes, formación, etc.)

- ¿Cómo trabajamos la “formación para la relación”, a nivel personal y comunitario? ¿Cómo son las relaciones que establecemos entre nosotros (profesionales, de compañeros, de amistad...)? ¿Qué dificultades encontramos para que la fraternidad nos caracterice, a nivel personal e institucional?
- ...

3.4. El acompañamiento

Este “modo de proceder”, esta cultura ignaciana de la colaboración para la misión compartida, estaría incompleto si otro de sus rasgos característicos no fuera el acompañamiento.

El acompañamiento hay que entenderlo no como una tarea más a realizar sino como parte del modo propio de llevar a cabo la misión. Lo específico de esta cultura ignaciana de la colaboración no está sólo en lo que hacemos sino en cómo lo realizamos. Un cómo que fortalece al sujeto apostólico que lleva adelante la misión.

El acompañamiento debe estar presente en distintos niveles: nos acompañamos mutua y recíprocamente laicos y jesuitas, hay un nivel de acompañamiento personal, en comunidades y equipos, y, especialmente, habría que pensar en fórmulas de acompañamiento de las personas que van participando en el plan de formación, por ejemplo, a través de tutorías.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Cómo nos sentimos realizando la misión? ¿Solos o acompañados? ¿Por qué?
- ¿Qué entendemos por acompañamiento? Con qué ideas lo relacionamos: ¿control, supervisión, ayuda, apoyo, discernimiento, confrontación, objetivación, amistad, etc.?
- ¿Qué experiencia tenemos en acompañar a otros o en ser acompañados? ¿Necesitamos formación en este tema?
- ¿Qué experiencias existen de acompañamiento de equipos apostólicos, equipos directivos de obras e instituciones o comunidades?
- ¿Qué dificultades percibimos para el acompañamiento personal? ¿Y para el comunitario? ¿Qué aportaría el acompañamiento personal o comunitario a la realización de la misión?
- ...

3.5. El impulso de los lugares de encuentro.

Tiene que haber encuentro para sentir, vibrar, emocionarnos, soñar y así poder compartir la Misión. Ésta se comparte entre personas, y en el centro de toda obra y Proyecto Apostólico

nos encontramos con la persona. “La persona ocupa un lugar central y es un fin” (Rasgos propios de las obras de la Compañía de Jesús, Provincia de Loyola 2005).

Encuentro entre las dos vocaciones, la religiosa y laical que conviven y se enriquecen mutuamente. Encuentro entre personas que están en la misma obra, entre obras, sectores... De esta forma ¿qué conseguiremos?

- Conocimiento personal y de las propias obras y sectores
- Afectación que nos llevará a construir más allá de nuestra obra y sector.

Y ¿qué necesitamos? Pues, espacios cálidos de encuentro y celebración, por ejemplo:

1. Potenciar los encuentros de reflexión y compartir en torno a temas que afectan a la obra.
2. Propiciar momentos comunes de reflexión y conocimiento entre personas de distintas obras y sectores.
3. Crear espacios informales donde charlar, convivir, estar, contarnos nuestras experiencias tanto dentro de las obras como junto a otras obras y sectores.
4. Compartir nuestra Fe y celebrarla impulsando momentos de oración en común, retiros, celebración de los sacramentos en las obras y entre obras y sectores.

Como anteriormente decíamos “el tono amical” es la base para que podamos formar una comunidad y una Misión necesita de una comunidad cercana que se apoya y se quiere. El impulso y apertura entre personas de distintas obras y sectores es una tarea de largo plazo que ensanchará nuestro corazón y nos hará ir sintiéndonos y viviendo en un solo cuerpo. Así ya no hablaremos de nuestra misión o parte del proyecto (educativa, social...) sino de la misión y Proyecto Apostólico de la Compañía del que todos formamos parte.

Las experiencias vividas y conocidas al respecto nos hacen sentirnos optimistas y ver que los esfuerzos hechos y las inversiones realizadas, en crear los espacios cálidos y de encuentro, han dado mucho y buen fruto. Cuántas sinergias, lazos, concreciones del Proyecto Apostólico, innovaciones y nuevas colaboraciones creativas pueden darse.

Para ello, es necesario que los órganos de gobierno de obras, sectores PAL y PAT lideren de forma coordinada estos espacios y momentos que tienen que planificarse y que exigen inversión personal y económica.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Cómo nos sentimos realizando la misión? ¿Solos o acompañados?
- ¿Qué tipo de relación me une a las personas con quienes comparto la misión?
- ¿Qué espacios de convivencia compartimos? ¿Quiénes participan? ¿Con qué frecuencia? ¿Con qué contenido? ¿Dónde?
- ¿Qué iniciativas se han tomado en la PAL/PAT, obra, comunidad, etc., en este tema?
- ¿Qué aportan estos espacios? ¿Creemos que merece la pena destinar tiempo y recursos a convivir más allá de la tarea que nos ocupa cada día?
- ...

3.6. La práctica del examen ignaciano como medio de evaluación.

No puede haber *magis* sin evaluación. Una tarea pendiente es la exploración de procesos de autoevaluación como un rasgo propio de la colaboración, en este sentido, el examen ignaciano debería tener un papel protagonista en los procesos de autoevaluación de PAL, PAT, sectores, obras, comunidades y personas. Habría que trabajar en el diseño de procesos de evaluación internos y externos, teniendo siempre presente que lo que evaluamos es la misión y cómo vamos respondiendo a ella.

La evaluación no sólo es una condición necesaria para el mejor y mayor servicio a la misión, el *magis*, sino que también contribuye a mejorar la transparencia, en tanto en cuanto, implica rendición de cuentas. Pero, sobre todo, el examen y la evaluación son instrumentos para suscitar en nosotros el agradecimiento como otro rasgo que debe caracterizar este modo de proceder, esta cultura ignaciana de colaboración para la misión compartida. El agradecimiento a Dios por tanto bien recibido, pero también el agradecimiento de unos a otros.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué conocimiento del examen del día tienen las personas que trabajan en la obra, institución, comunidad?
- ¿Qué experiencias personales o institucionales tenemos de evaluación?
- ¿Qué podemos aprender de los procesos de evaluación externos a los que se somete a las obras, por ejemplo, las Universidades?
- ¿Conocemos alguna experiencia de evaluación de las obras, instituciones, etc. en relación a su Identidad y Misión?
- ¿Qué evaluar? ¿Quién, quienes? ¿Cuándo?
- ¿Creemos que sería importante diseñar un proceso específico de evaluación de la obra a la luz de la misión? ¿Qué dificultades le vemos? ¿Qué ventajas?
- ...

3.7. El trabajo en red.

Como indicábamos en la presentación del documento, la globalización y la complejidad de unos problemas de múltiples dimensiones, requieren de soluciones que sean a su vez, globales y multidimensionales. En este contexto, el trabajo en red, por lo que aporta de global y multidimensional se convierte en el instrumento imprescindible desde el que abordar la misión.

El trabajo en red no es nuevo en la Compañía¹. Sería conveniente recoger las experiencias ya existentes en este tema y darlas a conocer, por ejemplo, las llevadas a cabo en el Sector Social.

¹ Un magnífico resumen de porqué trabajar en red, cuales son las condiciones previas que han de darse para dicho trabajo en red, el valor añadido de las redes y los obstáculos y limitaciones para el trabajo en red queda recogido en el documento “Trabajar en red para responder mejor a la misión” de los Coordinadores Sociales de las Conferencias publicado en 2013 en *Promotio Iustitiae*, nº 113, 4, pp. 68-77. Desde el secretariado animamos

Aunque sea brevemente, conviene hacer referencia a la necesidad de “preparación” previa a cualquier iniciativa de red. Esto es, tomar consciencia de la existencia de unos requisitos o factores previos que han de darse en el desarrollo de cualquier red. Entre ellos, el necesario conocimiento de unos y otros. Sólo desde el saber qué estamos haciendo cada uno podemos pensar que podemos hacer juntos. Otro factor importante es el papel del liderazgo. La red es el medio de trabajo, no el fin, pero es un medio que surge tras un proceso que ha sido liderado personal o institucionalmente. Identificar estos liderazgos es parte del trabajo en red. Finalmente, tomar conciencia de los costes, mejor dicho, inversiones necesarias para la puesta en marcha de cualquier red. La experiencia nos muestra que, algunas veces, este tipo de iniciativas se ven frenadas por los costes de oportunidad de esos tiempos que hay que invertir en conocernos, pensar juntos, coordinarnos, organizar, etc., hasta iniciar propiamente la tarea. Contar con la experiencia y el acompañamiento de quienes ya han recorrido ese camino puede arrojar luz a otras iniciativas.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué sabemos de otros sectores, comunidades, obras, PAL/PAT de la Provincia? ¿Nos conocemos? ¿Sabemos qué hacemos unos y otros? ¿Cómo nos relacionamos?
- ¿Hemos promovido o participado en algún encuentro intersectorial? ¿Qué aportan estas experiencias?
- ¿Qué experiencias tenemos de trabajo en red?
- ¿Qué conocimiento tenemos de las redes de la Compañía que están funcionando?
- ¿Qué valoración hacemos de estas experiencias? ¿Cuáles son las dificultades para el funcionamiento de las redes? ¿Qué fracasos hemos tenido en este tema? ¿Qué falló?
- ¿Qué sabemos de innovación social? ¿Qué tienen que ver las redes con esto? ¿Y con el proyecto apostólico de la Provincia? ¿Y con la misión concreta de la obra? ¿Y con las PAL/PAT?
- ...

3.8. La recogida, elaboración y difusión de materiales y experiencias.

Aunque en relación con otros aspectos, este punto pudiera parecer una cuestión de menor importancia, creemos que en todo este proceso es importante recoger, elaborar y compartir materiales y experiencias sobre las que trabajar. La Compañía cuenta con un gran “*patrimonio escrito*” que para muchos colaboradores es desconocido. Organizar y divulgar este patrimonio para que sea trabajado en las PAL/PAT, los sectores, obras y comunidades, puede contribuir de forma importante a la generación de esta cultura ignaciana de colaboración para la misión que inspira este documento.

a su lectura y reflexión para que, de nuevo, cada PAL/PAT, sector y obra apostólica pueda analizar en qué redes está trabajando y qué otras redes podrían iniciarse. La lectura del documento citado permite seguir “tirando del hilo” por las referencias que recoge a otros trabajos.

Si bien, hoy en día, es fácil a través de internet llegar a muchos de estos documentos, tal vez sería conveniente que todos ellos (los máximos posibles) estuvieran recogidos, clasificados u organizados en una única web a modo de “*Biblioteca web SJ*”.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué conocimiento tenemos de los distintos documentos en relación a la espiritualidad ignaciana, promovidos por el sector social, etc.? Por ejemplo, “Sanar un Mundo Herido”. ¿Cómo nos llegan? ¿Les damos difusión? ¿Qué podríamos hacer para poner en valor todo ese material? ¿Cómo se podrían trabajar en cada obra, sector, comunidad?
- ¿Qué temas son los que debemos trabajar en casa obra, sector, PAL/PAT? ¿Qué temas son transversales y cuáles específicos de cada sector? ¿Se nos ocurren formas de coordinar esta tarea con el plan de formación nacional o los planes sectoriales?
- ...

4. CONSIDERACIONES FINALES

4.1. Propuestas de trabajo

El presente documento es un llamamiento a las PAL/PAT, sectores, obras y comunidades a identificar y dinamizar la misión compartida. El propio Proyecto Apostólico de la Compañía en España hace referencia a la necesidad de explorar respuestas creativas.

En este proceso no se deberían dar demasiadas cosas por supuestas, dada la pluralidad de personas que compartimos la misión. En este aspecto, un tema previo sobre el que habría que trabajar es el de la vocación y el proyecto de vida personal. ¿Cómo atender a la misión compartida si previamente no hay una reflexión sobre la vocación personal y el proyecto de vida? El plan de formación invita a ello.

Otra línea de trabajo sería definir los valores y los rasgos de esa cultura ignaciana de colaboración para la misión compartida, en parte, tratados en este documento. Definirlos sólo es el primer paso. Las herramientas indicadas en este documento proponen modos de “vivirlos” e integrarlos en la actividad que nos ocupa cada día, para que vayan configurando un “modo de ser y proceder”.

En cualquier caso, sea cual sea el proceso definido siempre debe incluir como última etapa la autoevaluación o examen a la luz de la misión, en concreto de la realización del Proyecto Apostólico y del desarrollo de la cultura. La evaluación debe estar presente en todos los niveles: PAL y PAT, sector, obra, comunidad y persona.

En todo este proceso, cada sector, cada PAL o PAT, cada obra y comunidad podría comenzar analizando en qué medida da respuesta a cada uno de los CÓMOS que se han planteado en este documento.

Las preguntas que se han formulado al final de cada punto son orientativas y sólo pretende facilitar el trabajo. La autoevaluación como paso previo para articular un modo propio, adaptado a las particularidades de la PAL/PAT, sector u obra, de compartir la misión.

Sería importante la identificación de liderazgos que mediante un testimonio personal o institucional sean capaces de trasladar a las demás obras o colaboradores este modo de proceder/colaborar, en definitiva, de vivir la misión compartida.

La visión del secretariado es que nuestras comunidades, instituciones, obras, PAL/PAT puedan ser reconocidas por un “modo propio de ser y proceder”, lo que hemos denominado cultura ignaciana de colaboración para la misión compartida

4.2. Una mirada más allá de las obras: la familia ignaciana

Somos conscientes que a lo largo de este documento nos hemos centrado en los colaboradores de los distintos sectores y obras de la Compañía, pero la familia ignaciana es aún mayor. La experiencia y el trabajo, que se deriven del impulso que este documento quiere dar a la colaboración para la misión compartida, habrán de extenderse a otros colaboradores, por ejemplo, religiosas de espiritualidad ignaciana, con quienes ya se están haciendo muchas cosas y que es un trabajo que irá a más. Y quizá con laicos de sus obras (profesores, pastoralistas, personas de sus obras de inserción para proyectos comunes, personas que vengan a darnos cursos o talleres, el mundo de los EE.EE...).

La Compañía, aunque tiene su propia misión y Proyecto Apostólico, también coincide y comparte aspectos de la misión y proyecto con otras fuerzas de la familia ignaciana. Es con ellas con las que deberían de iniciarse fórmulas conjuntas de colaboración en determinados aspectos manteniendo, todos, su identidad y vocación, pero construyendo de igual a igual. Desde el secretariado seguiremos madurando esta intuición del Espíritu.

“Este camino nuevo, que lo es siempre, se camina roturándolo. Pero abrir caminos auténticamente nuevos sólo es posible a golpe de experiencia, reflexión y diálogo; experiencia, reflexión y diálogo que construyan comunión humana. Una comunión así no se hace preguntando unos y respondiendo otros, sino preguntando todos, escuchando todas las respuestas de todos, arriesgando todos y recogiendo todos de la experiencia arriesgada nuevas preguntas para nuevos riesgos que nos traerá la Vida. Se trata, en mi opinión, de insertarse en un ritmo marcado por experiencia-reflexión-diálogo, experiencia-reflexión-diálogo. Este es ritmo del caminar de la vida humana.”
(Pablo Guerrero S.J. Encuentro anual Red Ignaciana 22 de noviembre de 2014).